

SHINTOÍSMO: EL CAMINO DE LOS DIOSES DE JAPÓN¹

Federico Lanzaco Salafranca

Universidad de Sophia

0. INTRODUCCIÓN

Es una especial satisfacción presentar este tema en el marco geográfico privilegiado del laberinto fantástico y caprichoso de la Ciudad Encantada y de las casas colgantes sobre las gargantas de las hoces de los ríos Júcar y Huécar. Es el mejor escenario para hablar del embrujo de la Naturaleza, con sus poderes creativos, hechizos y encantamientos de la mitología ancestral del País del Sol Naciente.

Si pocos conocemos en España sobre cultura japonesa, mucho menos sabemos de su religión autóctona: el Shintoísmo. En efecto, poquísima literatura hay disponible aún en castellano.

El tema es apasionante y muy amplio. Hoy está viciado por el militarismo de los años treinta del pasado siglo XX, y es tabú en el Japón contemporáneo. Las jóvenes generaciones japonesas apenas si conocen su nombre y no les interesa su contenido.

En el breve tiempo que se me ha asignado procuraré ofrecerles una visión de nuestros días, muy abreviada, pero profunda y panorámica. Mi exposición se articulará sobre los tres aspectos tan distintos que exhibe el Shintoísmo:

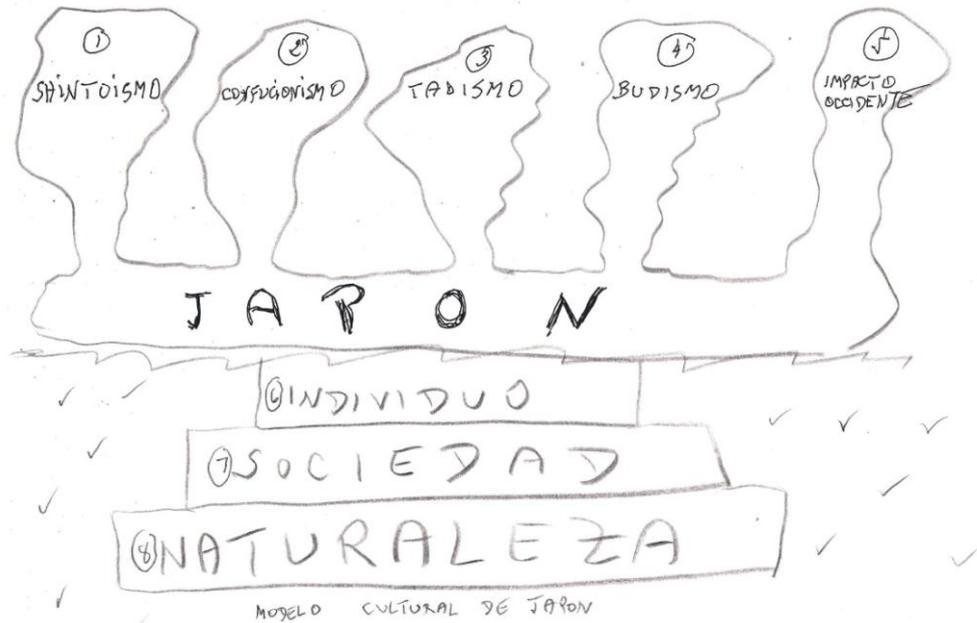
- I. El Shintoísmo como religión autóctona de Japón.
- II. El Shintoísmo como ideología política nacionalista.
- III. El Shintoísmo como espiritualidad japonesa de todos los tiempos.

Ruego disculpen el estilo sucinto y contenido, resumido por las aludidas limitaciones de tiempo.

Antes de comenzar mi exposición desearía llamar su atención sobre tres consideraciones preliminares, que estimo necesarias como marco y perspectiva del tema a desarrollar:

¹ El presente texto tiene como base las páginas leídas en forma de conferencia en Cuenca, en la Universidad de Castilla-La Mancha, en el marco del curso universitario titulado *Las respuestas de Oriente: sensibilidad, pensamiento, experiencia*; dicha ponencia tuvo lugar el día 19 de octubre de 2007. Agradezco el interés de Fernando Cid Lucas porque esta disertación aparezca ahora en forma de artículo seminal, recogida en la presente monografía. Del mismo modo, agradezco sus sugerencias y sus comentarios a mi trabajo.

1. Me parece acertado contemplar Japón como un arrecife de coral con cinco arborescencias que constituyen la complejidad de la cultura religiosa japonesa: Shintoísmo, Confucionismo, Taoísmo, Budismo/Zen, Taoísmo e impacto occidental. No son estratos superpuestos, sino olas que se integran en simbiosis perfecta. La cultura de Japón, como su lengua, es aglutinante, simbiótica. Estos componentes indican la actitud de los japoneses hacia el individuo, la sociedad o la Naturaleza.



(Concepción del autor)

2. Tal como explica el gran filósofo Nishida Kitarō (1870-1945), la visión japonesa de la existencia humana es vertical, incluye el planteamiento: Cielo-Hombre-Tierra, en un mismo eje, sin distinción esencial. Por su parte, el modelo de su cultura es “naturalista”, ya que su protagonista en la naturaleza monzónica, cuyo curso incontrolable sigue sumiso el hombre. Es un modelo distinto al “humanismo” mediterráneo (pradera), cuyo protagonista es el hombre y su poderosa razón que domina la tierra. Y distinto también del modelo deísta del desierto (Islam o Judaísmo), con Dios como el protagonista en quien el hombre cree y pone toda su confianza para sobrevivir, sin apenas agua en sus desoladoras arenas. Tres modelos expuestos por el gran pensador Watsuji Tetsurō (1889-1960) y el autor contemporáneo Umehara Takeshi (1925-).

3. Es interesante ver las cifras de las estadísticas oficiales de Japón sobre el número de creyentes de sus diversas religiones:

Shintoísmo:	107,2 millones.
Budismo:	91,3 millones.
Nuevas religiones:	9,9 millones.
Cristianismo:	2,6 millones.
Total:	211 millones.

(Datos estadísticos tomados del *Japan Statistical Yearbook*, Tokyo, 2008).

Y, sin embargo, el total de la población japonesa es de 126 millones. No se trata del milagro de la “multiplicación de panes y peces”, sino, simplemente, que estas cifras reflejan la actitud ecléctica y sincretista de la población japonesa. Sus creencias religiosas, al igual que sus costumbres de vivienda, comida, vestido, ocio... son aglutinantes, asimilativas, no excluyentes.

1. EL SHINTOÍSMO COMO RELIGIÓN Y SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA

1.1. Shintoísmo primitivo (... - s. V d.C.).

Diferentes olas de diversos grupos de inmigrantes fueron llegando al archipiélago, procedentes todos del Continente asiático y de los Mares del Sur. Eran belicosos, rudos, iletrados... Consigo trajeron sus creencias animistas y chamánicas, y tales prácticas son lo que llamamos hoy Shintoísmo primitivo, ya que no tenían un nombre específico. El vocablo Shintoísmo lo utilizó por primera vez el emperador Yōmei (585 d.C.), el gran artífice de la profunda transformación Taika, para distinguirlo de otras religiones.

Aquellos inmigrantes quedaron impactados ante la belleza sacra del entorno, se veían rodeados de fuerzas vivas (*tama*) que residían en los llamados *kami* (divinidades), que habitaban tanto en el cielo como en determinados seres de la tierra, como una montaña, un árbol, una cascada, un animal... y los pobladores humanos debían atraer los “bienes” de tales dioses (especialmente sobre sus cosechas y la familia, en ritos de fertilidad) y ahuyentar los “males” que los dioses podían traer si estaban “enfadados” con los hombres de aquel determinado lugar. El conocido historiador británico George Sansom nos describe así esta profunda impresión de aquellos inmigrantes:

“[...] Es posible que el clima naturalmente suave de Japón, con sus árboles, arbustos y flores brotando en profusión, y la fertilidad del suelo surcado por múltiples cauces de agua, haya producido un gran impacto en las tribus que llegaban agotadas procedentes de las regiones áridas de Corea, China del Norte, o de las llanuras

inhóspitas de Siberia, y que un sentimiento de viva gratitud haya impregnado la naciente conciencia racial.² [...]”

Del mismo modo, es muy emotiva la descripción del profesor Anesaki Masaharu (1873-1949) en su clásica obra *Mitología japonesa*, sobre íntima armonía de los japoneses con su bello entorno. La cita es larga, pero muy inspiradora:

“[...] La Naturaleza parece haber favorecido el pueblo japonés presentándole los aspectos más suaves y encantadores. Las islas ofrecen casi todas las fases de formación geológica, y el clima abarca desde el calor semitropical del sudoeste hasta los fríos inviernos del norte siberiano... El paisaje está bellamente diversificado por montes, ríos, ensenadas y promontorios, llanos y bosques... Es fácil imaginarse a las hadas rondando por los montes y grandes cascadas. En la bruma primaveral, y entre las nubes del estío pueden visualizarse con facilidad los seres semicelestiales. Y la oscura superficie de los lagos rodeados de acantilados y elevados picos también se adaptan a la morada de espíritus siniestros, o a ser escenario de conflictos entre seres fantásticos. (...) Las flores de los cerezos las produce la leyenda con la inspiración de una Dama-que-hace-floreecer-los-árboles. Y las hojas color carmesí otoñales de los arces son obra de la Dama-que-teje-brocados. El espíritu de la mariposa aparece en la noche primaveral, vistiendo ropas de color rosa y velada con tules verdosos. En el canto quejumbroso del insecto del pino, el pueblo oye la voz del ser querido que ha renacido entre los matorrales del campo. En las altas cumbres de los picos nevados pueden morar sacras deidades, y entre las nubes iridiscentes es posible oír música celestial... Más allá del distante horizonte del mar se haya la tierra perpetuamente verde del Palacio del Rey del Océano.

La sensibilidad del pueblo ante el entorno origina el temprano advenimiento de la poesía que canta la belleza de la Naturaleza y la sensibilidad del corazón humano... Se personificaron los seres de la Naturaleza, y los hombres se sentían como seres vivos en el corazón de la Naturaleza.³[...]”

La energía y fuerza vital (*tama*) que aquellos primitivos inmigrantes veneraban en la sacralidad del entorno de su hábitat residía en los que denominaban *kami* (seres superiores al hombre común). En Occidente se ha traducido mal, como “dios”. Pero su contenido es muy amplio y ambiguo, ya que incluye:

1. Seres singulares de la Naturaleza (rocas, montañas, árboles, etc.).
2. Personajes destacados de clanes fundadores (fundadores, héroes...).
3. Principio de fuerza vital generativo de la Naturaleza (*musubi*).

En concreto, tal Shintoísmo se distinguía por:

- a. La creencia en tales *kami*, que algunos de ellos habitaban en el cielo (*amatsu-kami*) y otros en la tierra (*kunitsu-kami*).

² En: *A History of Japan (3 vols.)*, Tuttle, Tokyo, 1974.

³ Traducción desde el inglés, Olimpo, Barcelona, 1996.

- b. Lugares sagrados determinados en donde tenían su habitáculo los *kami* o a donde venían para comunicarse con los hombres. Tales lugares no eran templos construidos, sino determinados espacios señalizados por una gruesa cuerda trenzada con paja de arroz (*shimenawa*).
- c. El pueblo veneraba a los *kami* con ritos y festivales, relacionados principalmente con cultos de fecundidad (cultivo de arroz y fertilidad familiar).
- d. Se observaba y cuidaba la purificación (*misogi, harae, imi...*), elemento esencial para eliminar toda impureza (*kegare*) que impedía la comunicación armoniosa con las divinidades.
- e. Ofrendas (*shinsen, sonaemono, etc.*) de arroz o sake a las divinidades protectoras.
- f. Intermediación sacerdotal de la *miko* o del chamán, cuya función es la del arte adivinatorio, hechizos y conjuros.
- g. Veneración de antepasados de cada familia, del clan Yamato, etc.

Estas creencias y prácticas no reconocían a fundador alguno, no presentaban ninguna doctrina o dogma ni tampoco libros sagrados. Por eso, el término Shintoísmo no incluye el ideograma *kyō*, como en todas las otras religiones: *Bukkyō, Jukyō, Dōkyō, Kiristokyō, Kaikyō, Hindukyō...*, que significa “enseñanza”, sino que se escribe con el ideograma *tō/dō=michi* (“camino”), similar a los términos *kadō* (ikebana), *sadō* (ceremonia del té), *shodō* (caligrafía), etc. Tampoco incluye ningún decálogo o código moral de preceptos minuciosos, ni tampoco establecía ninguna jerarquía eclesiástica. Por todo ello, no sorprende que algunos autores no consideren al Shintoísmo como religión en *stricto senso*.

1.2. Shintoísmo organizado (s. V-XVI).

Los belicosos y rudos clanes gradualmente se fueron aunando bajo el predominio del clan Yamato. Durante los siglos VI-IX se produce la gran asimilación de la cultura china (dinastías Sui y Tang), con la reforma Taika, que afecta a todos los órdenes de la sociedad: religioso, político, administrativo, económico, social y cultural.

El emperador Kōtoku (s. VII) se autoconfirma como “Dios viviente, gobernador del mundo y emperador del reino de Japón”. Se crea un departamento de culto shintoísta que comprende tres mil santuarios y organiza los ritos y festivales bien definidos todos ellos, gracias a la publicación del código *Engishiki*, del siglo X, centrados estos ceremoniales en la familia imperial y en sus clanes satélites.

Desde la mitad del siglo VI se introduce oficialmente el Budismo y el Confucionismo en la corte de Yamato, que al principio no goza del apoyo popular (fiel a sus prácticas shintoístas, peregrinajes a los grandes santuarios de Ise, Izumo e Inari, y sus visitas a los santones de la montañas (*ubasoku, hijiri, shūgendō, etc.*). Gradualmente

se irá produciendo desde la corte el gran sincretismo ecléctico del Shintoísmo, Budismo, Confucionismo y Taoísmo.

Y en los años 712 y 720 se compilan las primeras crónicas histórico-mitológicas del país: el *Kojiki* y el *Nihon Shoki*, respectivamente, inspirados por las crónicas chinas. Amplían, con todo, su contenido al relatar los orígenes del mundo desde un caos original donde emerge el Señor Centro del Universo, de quien nacen dos divinidades, masculina y femenina (*musubi*), que, a su vez, conciben a la diosa Amaterasu, protectora del País del Sol Naciente. Su nieto, Ninigi, baja a la tierra y recibe los Tres Tesoros Divinos (espejo, joya y espada). Y su nieto, Jinmu, se constituye como el primer emperador humano de Japón, de quien, en línea ininterrumpida, proceden todos los emperadores japoneses hasta el actual Akihito, que forma el número 125 de la dinastía.

En el siglo VIII, junto con todo el esplendor del Budismo esotérico de las sectas Tendai y Shingon, con sus egregios fundadores, los monjes Saichō (767-822) y Kūkai (774-895), el fervor popular se mantenía alejado y muy distanciado de estos complejos refinamientos del espíritu y seguía sus prácticas sintoístas primitivas, ya muy mezcladas con costumbres taoístas que los inmigrantes traían del Continente.

En el siglo XIII el pueblo japonés, por fin, asimiló profundamente el Budismo pietista propagado por los monjes Hōnen (1133-1212), Shinran (1173-1262) y Nichiren (1222-1282). La simple fe en la misericordia del buda Namida ofrece la salvación eterna. El apasionado predicador Nichiren predijo las inminentes invasiones de los mongoles (1274 y 1281), pero gracias al patrocinio de los vientos divinos (*kami-kaze*), los dioses sintoístas protectores del país aniquilaron las naves enemigas con la furia de sus tormentas.

A partir del siglo IX y hasta el siglo XV se originó todo un desarrollo teológico del Shintoísmo gracias a las enseñanzas de diferentes escuelas y autores (Ryōbu Shintō, Honji-suijaku, Sannō-ichijitsu, Yoshida, Watari...) en resumen, explicaban el sincretismo religioso japonés afirmando que, según unas escuelas, las divinidades sintoístas eran representaciones y encarnaciones de Buda y sus Boddhisattvas; pero según otros autores, al revés, afirmaban, orgullosos de su estirpe japonesa, que Buda y los Boddhisattvas eran encarnaciones y representaciones de las deidades shintoístas.

2. EL SHINTOÍSMO COMO IDEOLOGÍA POLÍTICA NACIONALISTA (S. XVII-1945)

Después de las turbulencias y de las guerras civiles que asolaron Japón durante los siglos XIV-XVI, con el advenimiento de la era del shogunado, desde principios del siglo XII, que confinó al emperador en su palacio de Kyoto, desvestido de todo poder al usurparlo la nueva figura del shōgun, el guerrero Tokugawa Ieyasu (1543-1616),

culminó la unificación del país pacificado y le proporcionó una gran estabilidad política y prosperidad económica durante todo el periodo Edo (1600-1868), cerrando Japón a contactos exteriores.

Junto con la primacía del nuevo Confucionismo que inspiraba el gobierno se produjo una fuerte revitalización del Shintoísmo, causada por los siguientes dos movimientos:

1º. Escuela de Estudios Nacionales (*Kokugaku*).

La aparición de una serie de ilustres autores contribuyó a la investigación filológica de las primeras obras clásicas: la antología poética *Man'yōshū* (poemas recopilados hacia el 760, pero algunos compuestos ya en el siglo V); *Kojiki* (720); *Fūdoki* (715-733) una suerte de crónicas populares; y *Nihon Shoki* (720).

Sus principales promotores fueron: Kada no Azumamaro (1669-1736), Kamo no Mabuchi (1697-1769), Motōri Norinaga (1730-1801) y Atsutane Hirata (1776-1843).

En 1728, Azumamaro pedía al shōgun la creación de estudios clásicos de la literatura japonesa autóctona. Mabuchi destaca en el *Man'yōshū*: “[...] la expresión emotiva natural, vigorosa y espontánea de sus poemas, muy distinta de la artificialidad de la poesía posterior, influenciada por el Budismo y el Confucionismo. Es en la era de los dioses cuando podemos generar conocimiento de las realidades de nuestra existencia. Para descubrirlo tenemos que estudiar y analizar con todo detalle las palabras y pensamientos de nuestra época clásica [...]”.

Y el genial Motōri Norinaga, el Menéndez Pelayo japonés, no deja de afirmar convencido que:

“[...] El privilegio especial de nuestra nación significa que nuestro país es la patria nativa de la Diosa Radiante que envía sus luminosos rayos sobre todos los países en los cuatro mares. Japón es la fuente y manantial de todos los demás países. Y en todo es superior a ellos...Y la línea imperial japonesa, que irradia su luz sobre todo el mundo, representa a los descendientes de la diosa Sol. Y, de acuerdo con su mandato, su reinado se extiende para siempre, coetáneo del mismo cielo y tierra. Y aunque es cierto que los dioses del cielo miran igual a todos los seres, y distribuyen graciosamente sus dones con imparcialidad, sin embargo, también es cierto que nuestra nación imperial es la tierra donde nació la diosa Sol, y en donde gobiernan sus sucesores. Por consiguiente, Japón es superior a todos los otros países, y no puede considerarse igual a ellos. [...]”

Tales enseñanzas de los grandes maestros de la cultura japonesa arraigaron profundamente en los corazones de todos los japoneses hasta 1945.

El último protagonista del *Kokugaku* es el personaje más conflictivo, Hirata Aсутane, ya que influyó poderosamente en el nacionalismo fanático de años posteriores. En uno de sus escritos afirma:

“[...] Confieso la supremacía de Japón por encima de todos los otros países de China, India, Rusia, Holanda, Siam, Camboya, etc. Todos los dioses del mundo nacieron en Japón. Por ello, nuestra tierra es la patria de todas las divinidades y es conocida con el nombre de “Tierra de los dioses. [...]”

2º Escuela histórica Mito (*Mitogaku*).

Durante estos mismos años apareció la escuela histórica Mito como culminación del Neoconfucionismo, y como fuerte renovación del Shintoísmo Nacional e intensificación de la ideología del poder imperial. Bajo el apoyo del shōgun Tokugawa Mitsukuni se comenzó la edición de la *Gran Historia de Japón* en el año 1675, desde la época del emperador Jinmu (años 660-585 a. C.), tataranieto de la diosa Amaterasu.

Hay que mencionar el personaje más destacado de este segundo movimiento, Aizawa Seishisai (1782-1863. Con su famosa obra *Shinron (Nuevas propuestas)* es el mayor inspirador del *Espíritu Nacional (Kokutai)*, término directivo del militarismo usado en la década de los años treinta del siglo XX. En su núcleo se afirmaba que: “Japón, creado por antepasados celestes, está emplazado en el centro del mundo. Y desde el descenso de la diosa Amaterasu la nación ha sido gobernada por una línea ininterrumpida de sus descendientes imperiales. Así, en Japón toda la moralidad se basa en la lealtad al emperador y la piedad filial hacia los padres. En consecuencia, el pueblo vive feliz y también muere feliz por la causa del emperador y la de sus padres”.

Esta ideología fanática incluye la mitología shintoísta, la ética confucionista y el no-yo budista.

Aizawa se distinguió también por su marcada aversión por los extranjeros, que tuvo destacada importancia en los años de la Restauración Meiji.

3º Restauración Meiji (1868).

Acosado Japón por las potencias occidentales que le exigían una apertura exterior, dividida la clase superior de guerreros (samurái) entre la expulsión de extranjeros y la negociación amistosa con Occidente, y con el debilitamiento profundo del shogunado, al fin, se toma la decisión prevalente de la restauración del poder imperial, la apertura al exterior y la modernización del país.

En menos de cincuenta años - y gracias a las buenas infraestructuras existentes: comerciales, transportes y educación del periodo Edo - Japón pasa del ostracismo medieval a ser una potente nación moderna ante el asombro del mundo.

Su objetivo se plasmó en el lema “corazón japonés y técnica occidental” (*wakon-yōsai*). La facción del pensador Aizawa, que defendía la idea: “respeto al Emperador y expulsión del extranjero” no prosperó. Así comenzó un proceso acelerado de modernización de Japón.

Ante todo, el joven emperador Meiji recuperó todo el poder soberano del gobierno, ocupando el palacio de los anteriores shogunes en Edo (ahora Tokyo). El sistema político era una teocracia por la unión de política y religión shintoísta (*saisei-itchi*).

Se promulgó la constitución de 1889, declarando la persona del emperador como “sagrada” e “inviolable” (artículo 3), determinando que “El imperio de Japón reinará y gobernará por línea ininterrumpida de emperadores por periodo eterno” (artículo 1). Y los ciudadanos “gozarán de libertad de creencias religiosas, dentro de los límites que no perjudiquen el orden y no sean contrarios a sus obligaciones” (artículo 28).

Después de varias reorganizaciones oficiales del Shintoísmo dentro del Departamento de Culto de Shintō, Ministerio de Religión y Ministerio del Interior en los años 1869, 1872 y 1877 respectivamente, en 1870 el gobierno proclama la Gran Doctrina, que restaura “El Camino de los Dioses” como principio directivo de la Nación.

Pero lo más sorprendente fue la salomónica e interesada distinción oficial que el gobierno japonés estableció en 1882 entre Shintō-Estado (simple patriotismo cívico de todos los ciudadanos, con absoluta lealtad al emperador y respeto a los caídos por causa del país) y Shintō-Religión (creencias y prácticas de sectas religiosas sintoístas). Los santuarios sintoístas estaban subvencionados por el Estado y sus sacerdotes eran funcionarios públicos. Junto con todas las medidas de modernización económica, política, social y administrativa, en 1872 se promulgó el Edicto Imperial de Educación, de profunda inspiración shintoísta-confucionista. Su contenido principal se encuentra resumido en los siguientes párrafos:

“El fundador de nuestro Imperio y los antepasados de nuestra Casa Imperial asentaron los cimientos del País sobre una base sólida y permanente, estableciendo su autoridad en los principios de profunda humanidad y benevolencia. [...] En consecuencia, súbditos nuestros, sed fieles a vuestros amigos; comportaos siempre de forma adecuada y sed siempre cuidadosos; extended vuestra generosidad y benevolencia a vuestros vecinos; poned atención a vuestros estudios y en el cumplimiento de vuestros objetivos; cultivad vuestro entendimiento y mejorad vuestra moralidad; que siempre os encuentren cumpliendo las leyes y constitución del País; mostrad vuestro valor y sentimiento nacional en beneficio de la patria siempre que sea necesario; y así mantened la

prerrogativa Imperial, que coexiste con el Cielo y la Tierra [...] Este es el legado que nos han transmitido nuestros mayores, y que debe ser seguido por nuestros súbditos.[...]"

Este edicto se leyó en todos los colegios, ante todo el claustro de profesores y alumnos, por las autoridades locales, con gran respeto, ante una gran fotografía del emperador. El acto terminaba con el canto del himno nacional, cuyo texto merece destacarse:

“Que vuestra graciosa Majestad
reine mil años, cien mil años;
hasta que los guijarros se conviertan
en rocas cubiertas de espeso musgo.”

Es un precioso poema de la más antigua literatura clásica japonesa (*Kokinshū*, del siglo X y *Wakan Rōeishū*, del siglo XI).

También es importante destacar que desde 1872 se enseñaba como asignatura obligatoria en todo el sistema educativo *Shūshin* (*Formación del comportamiento*) hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Con una presentación muy atractiva, de ilustraciones bien diseñadas, se enseñaban las virtudes clásicas que deben adornar la conducta de todo buen ciudadano en sus relaciones de familia, de la sociedad y del estado. Un contenido claramente confucionista, inspirado por un nacionalismo imperialista.

En el año 1911, el Ministerio de Educación ordena a todos los colegios del país a llevar a sus profesores y alumnos a visitar los santuarios shintoístas locales, como deber cívico de patriotismo, de lealtad al emperador y veneración de los muertos por la patria. En 1936, la Congregación del Vaticano de Propaganda Fide envió instrucciones al Arzobispo de Tokyo y Delegado Apostólico de Roma en Japón comunicando que: “Las autoridades civiles y el sentido común de las personas educadas atribuyen a las ceremonias celebradas en los santuarios nacionales shintoístas un sentido exclusivamente civil patriótico. Por consiguiente, ya que dichos ritos tienen sólo un valor puramente civil, es lícito a los católicos participar en los mismos.”

Asimismo, me parece digno de recordar que en este mismo año de 1936, el papa Pío XII dispensó a todos los misioneros que marchaban al Extremo Oriente del juramento impuesto después de la bula de Benedicto XIV en junio de 1742 de “nunca hablar de la controversia de los ritos chinos”. Controversia centrada en el carácter no religioso en veneración de los antepasados, según sostenían los misioneros jesuitas de India, China y Japón.

Antes de terminar este apartado merece recordarse el hecho significativo de que durante los años 1868-1872 se originó en Japón un fuerte movimiento antibudista

(*Haibutsu-kishaku*) de inspiración oficial, que intentó suprimir todo vestigio budista de la nación, motivado por la exaltación nacionalista shintoísta. Numerosos templos budistas fueron saqueados y destruidos, y otros se convirtieron en santuarios shintoístas. Los sacerdotes budistas tuvieron que secularizarse, se levantó la prohibición de casarse y se abolieron sus privilegios.

En el Palacio Imperial se erigió un santuario shintoísta para celebrar sus ritos y veneración de los antepasados imperiales, además, se prohibieron todas las ceremonias budistas que venían celebrándose en el Palacio Imperial desde hacía siglos. Ya en el año 1869 se construyó en Tokyo un santuario para honrar la memoria de los fallecidos por la causa imperial de la Restauración Meiji, que después se denominó Yasukuni. Adquirió gran protagonismo después para venerar a los caídos en las contiendas del siglo XX.

4º Militarismo japonés (años 1930-1945).

Desde finales del siglo XIX, Japón se había convertido ya en una potencia mundial; hecho constatado por las victorias en las guerras contra China (1894-1895) y contra Rusia (1904-1905). Estos triunfos aportaron grandes ventajas económicas a Japón, con las anexiones de Corea, Taiwán y la península de Liaotung, en el sur de Manchuria.

Hemos de decir que en 1931 casi todo el sur de Manchuria está ocupado por Japón. En 1932 se crea el estado “autónomo” de Manchukuo (con bandera propia incluida), totalmente controlado por Tokyo.

En 1933, Japón se retira de la Liga de las Naciones por dicha ocupación en Manchuria, y en 1934 y 1936, Japón abandona el Tratado Naval con Washington y la Conferencia Naval de Londres ante la negativa japonesa de aceptar la autoeliminación de su armada impuesta por Occidente. En julio de 1937 comienza la guerra Chino-japonesa, después del grave incidente de la Puerta de Marco Polo, en las afueras de Beijing.

Durante estos años se propaga la enseñanza y difusión nacional de los principios del *Kokutai* (*Espíritu japonés*), promovidos años antes por Aizawa Seishisai, como ya se ha expuesto. En 1937, el Ministerio de Educación publica la obra *Kokutai no hongī* (*Principios Fundamentales del Espíritu Nacional*), usado obligatoriamente en toda la educación japonesa en las clases de ética y en la asignatura de *Shūshin* (*Formación del Comportamiento*). Todo Japón sensibilizado, en consecuencia, ante el injusto tratamiento sufrido ante la comunidad occidental, fácilmente se apiñó como un solo cuerpo junto a su emperador y se comprometió en unidad nacional, consagrado a la gran causa de proteger la zona asiática frente a las apetencias agresivas de Occidente.

En noviembre de 1938, el gobierno japonés promueve el movimiento Nuevo Orden de Este Asiático (*Tōa-shinchitsujo*) y, en agosto de 1940, se crea la Gran Esfera de

Coprosperidad del Este Asiático (*Daitōa-kyōeiken*). Así, no sorprende, pues, el insospechado (para Occidente, claro) ataque a la escuadra estadounidense en Pearl Harbor en la mañana del 7 de diciembre de 1941. Más tarde, comenzará una sorprendente invasión por el Pacífico, llegando a invadir casi todo el este asiático. La dureza y la crueldad de las tropas niponas alcanzaron los niveles del peor colonialismo. Sin embargo, desde la segunda mitad del año 1942, los Estados Unidos de América logran restaurar su poder naval. Japón comienza a sufrir sucesivas derrotas y con la ocupación americana de la isla de Saipán, en junio de 1944, los bombardeos sobre el archipiélago japonés comienzan su acción demoledora, mas Kyoto y el Palacio Imperial de Tokyo fueron siempre respetados. Sólo dos bombardeos en Tokyo, en la primavera de 1945, causaron más de cien mil muertos.

Debido a la obvia inferioridad de recursos japoneses ante la superioridad de los EEUU, se fue difundiendo entre la población del archipiélago el mensaje suicida de: *ichioku-gyokusai* (“cien millones de preciosas joyas quebradas en añicos”). Asimismo, ante el inminente desastre nacional, nació el comando de pilotos suicidas *kami-kaze*. Enardecidos con el mismo espíritu (*yamato-demashii*) que impulsó a centenares de soldados japoneses a suicidarse tirándose por los acantilados abruptos de múltiples islas del Pacífico. Así, jóvenes voluntarios (en verdad, la flor y nata del País del Sol Naciente) entregaron sus vidas como armas homicidas contra los navíos de la escuadra americana.

Me parece interesante citar aquí dos testimonios de tales pilotos. Uno es un poema de tipo *waka*, compuesto por un joven de veintidós años antes de emprender su último vuelo:

“Ojalá pudiéramos caer
como las flores de cerezo en primavera,
tan puros y tan radiantes.”

El segundo testimonio es un fragmento de la carta que el joven Yamaguchi Teruo envió a su padre antes de partir a su misión suicida:

“El camino de vida japonés es hermoso, en verdad. Y estoy orgulloso de seguirlo, por sentirme historia y mitología de mi país, que reflejan la pureza de nuestros antepasados. Este camino de vida es el resultado de todas las mejores cosas que nuestros mayores nos han legado. Y la representación viviente de todas estas cosas maravillosas es la Familia Imperial, que también es la cristalización de todo el esplendor y belleza de Japón y de su pueblo. Es un honor dar mi vida en defensa de tales hermosos y excelsos valores. [...].”

Nos resulta del todo incomprensible tal inútil sacrificio, al estar toda nuestra cultura occidental enraizada en el individualismo universal. El protagonismo de “mi yo” será un valor tradicional de la cultura japonesa hasta estos últimos tiempos del año 2000.

Hiroshima y Nagasaki, en las mañanas de los días 6 y 9 de agosto de 1945, sufrieron el terrorífico impacto destructivo de la bomba atómica. A finales de 1945 se computaron más de 140000 víctimas mortales, y en estos últimos años todavía hay 350000 ciudadanos japoneses con el certificado oficial de *hibakusa* (*víctima atómica*). Es interesante saber que USA no ofreció ayuda alguna a las víctimas, ya que Japón, por el Tratado de Paz de San Francisco (8 de septiembre de 1951), renunció al derecho a percibir indemnización (incluso por los daños ocasionados en Hiroshima y Nagasaki). Es cierto que en 1947 se creó en los Estados Unidos la denominada Comisión de Daños de la Bomba Atómica, pero con el único objeto de estudiar los efectos de las bombas, sin ofrecer ayuda alguna a las víctimas. Ya en 1957, Japón promulgó la ley Médica de la bomba atómica, que ofrecía atención médica gratuita a las víctimas.

5º Mensajes del emperador Hirohito.

Ante la magnitud del desastre nuclear, el emperador Hirohito pronunció un mensaje contundente el 15 de agosto de 1945. Los párrafos más relevantes son los siguientes:

“Somos muy conscientes de vuestros íntimos sentimientos, queridos súbditos. Sin embargo, debemos seguir los imperativos del tiempo y del destino. Hemos decidido construir el camino hacia una gran paz para todas las generaciones futuras, soportando lo insoportable y sufriendo lo insufrible [...]”.

Pocos días después, el 2 de septiembre, Japón firmaba su total rendición a bordo del acorazado americano “Missouri”, con la firma del primer ministro Higashikuni Naruhiko ante el general Douglas MacArthur.

Y no menos decisivo fue el segundo mensaje del emperador Hirohito, también pronunciado por radio el 1 de enero de 1946, a toda la nación con motivo del Año Nuevo.

Si el primer mensaje de agosto fue decisivo y pragmático, ya que con la capitulación sin condiciones todo el país japonés la aceptó sumiso, en obediencia a su emperador (de lo contrario hasta el último ciudadano hubiera muerto en lealtad imperial), este segundo mensaje de Año Nuevo tuvo una importancia ideológica trascendental. En efecto, el emperador derrotado niega toda prerrogativa divina y todo destino nacional de superioridad sobre todos los países del mundo. Representó la total desintegración del pensamiento nacional shintoísta que inspiró la historia de Japón durante más de 1500 años. El párrafo trascendental fue el siguiente:

“Los lazos que nos han unido siempre entre nosotros y nuestro pueblo brotan de la mutua confianza y afecto. No se originan de leyendas ni mitos. Y no dependen de la falsa concepción de que el emperador es un ser divino, y de que el pueblo japonés es superior a otras razas y que, en consecuencia, está destinado a gobernar el mundo[...]”

Sólo un católico practicante puede barruntar el impacto de tal confesión, si suponemos que un buen día el papa de Roma anuncia a todos sus fieles que Jesucristo no es Dios, ni ha resucitado, ni nos espera la bienaventuranza eterna, la Biblia no es sagrada, ni existe un dios Trino y Uno...

Con una especial directiva de 4 de octubre de 1945, el general MacArthur decretó una orden eliminando todas las restricciones sobre libertades políticas, civiles y religiosas. Se abolieron todos los privilegios y ayudas a los santuarios y clero shintoísta. En febrero de 1946 se creó la institución privada de Asociación de Santuarios Shintoístas (incluyendo hasta 80000 extendidos por todo el país).

En noviembre de 1946 se promulga la Nueva Constitución, estableciendo que el “emperador es símbolo del estado y unidad del pueblo, emanando su posición de la voluntad popular en quien reside el poder soberano” (artículo 1). El artículo 20 confirma la libertad de religión y el artículo 89 determina que ningún fondo público se destinara a beneficio de ninguna institución religiosa.

Asimismo, el Cuartel General de las Fuerzas de Ocupación (SCAP) determinó la nueva Ley Fundamental de Educación en 1947, que promovía la democracia, libertad y desarrollo del estudiante, con el deseo primordial de la paz entre los pueblos. Naturalmente, se suprimía por completo la asignatura obligatoria de *Shūshin*. En 1958 se implantó la asignatura *Rinri (Ética)* en la enseñanza obligatoria, con un contenido más bien de ideología ética histórica según diversos sistemas de pensamiento.

Así nació el “Nuevo Japón”, comprometido con la paz, con la democracia, entregado al crecimiento económico de la nación. Y se debe destacar al final de este triste capítulo de la historia de Japón, cuando fue invadido por fuerzas extranjeras por primera vez a lo largo de 2000 años, la sagacidad y visión política del general MacArthur, que valoró esencial la salvaguardia y apoyo del emperador para construir el citado Nuevo Japón, con el entusiasmo y colaboración plena de todos sus súbditos, a pesar de ser el último y primer responsable de su descrito militarismo.

De esta manera, de sus cenizas renació de nuevo el ave fénix, y, a pesar de las reestructuraciones de estos últimos quince años, Japón sigue siendo hoy una de las grandes potencias internacionales en los órdenes económico, comercial, tecnológico y financiero.

6º Prácticas shintoístas en la actualidad.

Las creencias y las prácticas del Shintoísmo Nacionalista desaparecieron con la derrota de Japón en la Guerra del Pacífico. Sin embargo, las raíces tradicionales shintoístas están “en los mismos genes de los japoneses”, como ha escrito Tanaka

Tsunekiyo, vicepresidente de la Organización Nacional de Santuarios Shintoístas, en la prestigiosa revista mensual *Chūōkōron* (representativa de la intelectualidad japonesa) en marzo de 2007. Y llega a afirmar en su artículo titulado “Nihonjin to Shintō”: “Casi todos los japoneses siguen el shintoísmo inconscientemente desde que se levantan por la mañana hasta que se acuestan por la noche”. Puede sorprendernos esta afirmación, pero, la verdad es que la vida actual japonesa está íntimamente impregnada de prácticas y sentimientos emocionales de origen tradicional shintoísta. Veamos con cierto detalle tales expresiones cotidianas.

La verdad es que las prácticas y sentimientos shintoístas están íntimamente ligados a tradiciones, folklore y costumbres del pueblo japonés, muy arraigados desde los principios de su historia.

En primer lugar, hay que destacar el riquísimo colorido de sus festivales (*o-matsuri*) y las fiestas estacionales (*nenjū-gyōji*), que se extienden por todo el país con gran variedad de tipismo regional y local a lo largo del año.

La edición española de la revista *Nipponia* dedicó un número monográfico sobre este tema, como guía de festividades mes a mes (nº 34, septiembre de 2005). Excelente presentación con espléndidas fotografías.

No me parece exagerado afirmar que difícilmente se encontrará otro país hoy que ofrezca tal exquisita variedad de festejos populares.

La mayoría de los festivales *o-matsuri* están centrados en un santuario shintoísta local, en donde se veneran las deidades tutelares de la región y se les pide su continuada protección. El pueblo participa entusiasta en las ceremonias, que suelen incluir: *monoimi* (purificación), *sonaemono* (ofrendas), *naorai* (ágape comunal) y diversos festejos en los que destaca la procesión popular del *o-mikoshi*, receptáculo representativo del habitáculo portátil de la divinidad local, llevado a hombros por los jóvenes, que recorre las diferentes calles del pueblo para expresar la comunión existente entre la divinidad y los fieles.

Hay que destacar la sensibilidad japonesa ante los cambios estacionales, que determinan la fertilidad de sus arrozales y establecen sus cuidados bajo la protección del dios tutelar: en primavera la siembra del arroz, en verano el riego adecuado y la exterminación de plagas, en otoño la cosecha y en invierno el descanso de los dioses del campo.

Estos son ahora sólo algunos ejemplos ilustrativos de la actualidad campesina:

El 3 de enero, en la prefectura de Aichi, es costumbre celebrar una procesión con cinco hombres vestidos de rojo, con un gran rábano en el cinto (representando el falo),

que recorren la localidad contoneándose de forma erótica, como si realizasen el coito, lo que quiere significar el cultivo del campo. Asimismo, en la misma prefectura de Aichi, en verano, se construye un muñeco de paja, se le cargan todas las impurezas del lugar y se le arroja al río para ahuyentar todos los males.

En la prefectura de Tottori, en el verano, ya acercándose el tiempo de la nueva cosecha de arroz, se elige un varón soltero de la localidad, de buena reputación. Se le emborracha con sake (la bebida de los dioses) y se le hace recorrer todo el pueblo, esparciendo el espíritu sagrado del nuevo arroz. Ya en el santuario local shintoísta se pone en escena la danza del león, que simboliza la fuerza divina que ahuyenta las enfermedades y los males. El danzarín va vestido de rojo, color que espanta los malos espíritus y aleja toda impureza.

El último ejemplo es, tal vez, el más representativo de las creencias populares; lo hayamos en la prefectura de Ishikawa. Expresa la íntima unión de la divinidad tutelar que cohabita con el hombre. El día 5 de diciembre, el padre de familia va a su campo, marca tres surcos en la tierra –porque allá adentro habita el dios–, hace como si lo recogiera con las dos manos y lo coloca sobre un abanico. Luego se lo lleva a su casa y lo emplaza en el altar familiar (*kamidana*). Una vez allí, le dice: “Por favor, tómate un descanso” (*Shibaraku, oyasumi kudasai*). A continuación le ofrece té y una abundante comida. El día 9 de febrero preparará el regreso de la divinidad al campo. Coloca unas ramas de pino dentro de un saco con semillas de arroz, purifica el ambiente con fuego puro de pedernal y ofrece a la divinidad una succulenta comida de despedida, diciéndole: “Come en abundancia tranquilo” (*Goyukkuri, meshiagari kudasai*). Y, finalmente, el día 11 de febrero traslada al dios al arrozal y plantará un pino (los árboles de hoja perenne son habitáculo de los dioses) en medio del arrozal. Esta es la primera tarea agrícola del año.

He tenido la ocasión de ver un video reciente de todos estos festivales, y, en verdad, impresiona la seriedad e importancia atribuida de tales ceremonias. Expresan el testimonio sincero de la fe de un pueblo, totalmente ajeno a las declaraciones políticas de gobernantes.

Otros festivales tienen un origen histórico, como el famoso festival de Gion, en Kyoto; o el de Sapporo Yuki, de carácter turístico invernal; o el de Yabusame en Kamakura.

Las fiestas estacionales (*nenchū-gyōji*), conocidas como *sekku*, originalmente se celebraban con ofrendas a los dioses tutelares en determinadas fechas del año. Entre las más populares debemos mencionar el *Hatsumōde* (la visita a santuarios shintoístas al comienzo de Año Nuevo), con las tradicionales decoraciones de la vivienda (*oshōgatsukazari*) que dan la bienvenida a los espíritus familiares ya difuntos y atraen su

protección. El 3 de marzo, con el *Hina-matsuri*, o “Fiesta de las muñecas”. El 5 de mayo o *Koi-nobori*, “Fiesta de los niños varones”.

El 20 o 21 de marzo el *Shūnbon no hi* o “Equinoccio de primavera”. El 7 de julio el *Tanabata*, que celebra el encuentro de las estrellas del Pastor y de la Tejedora en el firmamento de la Vía Láctea. A mitad de julio o agosto se celebran las fiestas de *o-bon*, como despedida de los espíritus de los antepasados difuntos después de su visita a las casas de familiares. Se encienden fogatas y se despiden barquitos con velas encendidas a babor en lagos y ríos. El 23 de septiembre se celebra el *Shūbun*, “Equinoccio otoñal”. El 15 de noviembre es muy tradicional celebrar el *Shichi-go-san*, visita a los santuarios shintoístas con motivo de los 3 y 5 años de los niños; y de 3 y 7 años de las niñas, para pedir a las divinidades tutelares buena salud y crecimiento.

Además, el calendario japonés celebra también las fiestas nacionales (*Hatabi*, *Kyūjitsu*, etc.). Son trece días festivos; entre ellos destaca el 11 de febrero, *Kenkokukinen*, aniversario de la fundación del país, es decir, la creencia shintoísta de la ascensión al trono del primer emperador humano, Jinmu (660 a.C.). El 3 de noviembre, hoy Día de la Cultura, es el aniversario del nacimiento del emperador Meiji. El 23 de noviembre es la “Fiesta de acción de gracias por el trabajo”. Hasta 1945 se dedicaba a ritos a acción de gracias imperiales.

Otra práctica tradicional popular del shintoísmo es la construcción y veneración del altar shintoísta familiar (*kamidama*), colocado en un lugar de honor en la vivienda japonesa. Viene decorado con ofrendas de arroz, saje, flores en honor de los antepasados ya difuntos... Y los habitantes de la casa se recogen ahí, en petición de su tutelaje. Esta inveterada costumbre tradicional ha perdido su presencia en algunas familias actuales.

Del mismo modo, es extraordinariamente popular la obtención de amuletos en los santuarios shintoístas, con modestas ofrendas monetarias destinadas a pedir por la salud, éxito en el trabajo, en el amor, seguridad en la carretera... Baste recordar que cada año se entregan más de seis millones de amuletos de *Jingū-tama*⁴. Son talismanes (*omamori*, *mayoke*...) en los que cree mucho la religiosidad popular.

También llama la atención del occidental ver la celebración de inauguraciones de nuevas fábricas, edificios importantes, centros deportivos, etc. con la presencia ritual de sacerdotes shintoístas y, a menudo, la construcción de un altar permanente en un lugar destacado de la entidad.

⁴ No olvidemos que el templo shintoísta de *Jingū* está íntimamente imbricado con la Familia Imperial japonesa.

Una de las prácticas más populares es la peregrinación a famosos santuarios shintoístas del país (Ise, Izumo, Inari, Kumano...). Impacta la belleza de su emplazamiento en medio de espesos bosques y brumosas montañas. Impresiona el espíritu de auténtico recogimiento de los peregrinos, procedentes de toda la geografía japonesa.

Sigue todavía, en muchos casos, el ritual de la boda shintoísta (*San-san-kudo*), con el vistoso atavío de la novia y la libación ritual de sake.

Al margen de estas fechas, muchos japoneses mantienen hasta hoy su creencia en los días de buena y de mala suerte (*kichinichi/kitsujitsu* y *kyōjitsu/kyōnichi*), que procuran respetar al fijar las fechas señaladas de su vida cotidiana. Asimismo, la adivinación (*uranai*) es frecuente en determinados sectores de la población. Los adivinos (*uranaisha*) se colocan en concurridas calles, ante una mesita con un candil titilante. Es usual que lleven largas barbas. Tales costumbres están muy fusionadas ya con las creencias taoístas.

El citado Tanaka Tsunekiyo destaca también la práctica shintoísta de la purificación ritual del baño cotidiano, con el lavado de manos (*tearai*) del retrete.

La actitud religiosa subyacente en el profundo sentimiento de reverencia hacia la Naturaleza, tan típicamente japonesa, será objeto de la última parte de la presente disertación.

7º Críticas sociopolíticas en la actualidad.

Una parte de la intelectualidad japonesa actual no silencia sus duras críticas hacia las prácticas shintoístas que se celebran en la familia imperial con motivo de la proclamación del nuevo emperador: su boda, sus funerales, sus visitas periódicas al Gran Santuario de Ise... y todo ello con cargo a los presupuestos del Estado que, constitucionalmente, es laico y aconfesional. Los ritos shintoístas celebrados en palacio en diferentes estaciones del año pueden, probablemente, defenderse como ritos “privados” de la familia imperial. Pero los anteriormente mencionados son claramente “públicos”. Así, también las visitas del Primer Ministro al santuario Yasukuni⁵, en reverente recuerdo de los caídos por la patria, son objeto de duras críticas.

La República Popular China ha expresado su vivo reproche por tales visitas, así como por el tratamiento dado a ciertos episodios de la Guerra del Pacífico en los libros de texto japoneses. Ciertos intelectuales japoneses también critican y ponen en seria duda recientes normativas escolares sobre el uso de la bandera nacional y el canto del

⁵ El edificio se levantó en junio de 1869 a instancias del emperador Meiji, en recuerdo a los caídos de la Guerra Boshin (1868-1869).

himno nacional, *Kimigayo*. Otra parte también de la sociedad actual japonesa, por el contrario, añora el abandono de muchas tradiciones centenarias de Japón por imposición de las fuerzas vencedoras norteamericanas en 1945.

Mucho me ha impresionado a este respecto la lectura del reciente libro *La dignidad de una nación* (*Kokka no hinkaku*, en el japonés original), que el catedrático Fujimura Masahiko publicó a finales de 2005. En pocos meses, durante 2006, llegó a vender más de dos millones de ejemplares. Y es categórica su afirmación en la introducción del libro:

“Después De la II Guerra Mundial los japoneses hemos sido educados de forma que se ha perdido el orgullo por nuestros antepasados, así como la confianza en nosotros mismos. Nos hemos empobrecido, olvidando por completo los sentimientos y formas de nuestro legado cultural que antes testimoniábamos ufanos ante el mundo. Todo se ha sustituido por la poderosa “ley de mercado”, malvendiendo nuestro espíritu a la “lógica” y “racionalidad” occidental. Así es cómo Japón ha perdido su propia identidad nacional y su dignidad como nación[...].”

Naturalmente, no se trata de un resurgimiento de la mitología shintoísta, sino que es un lamento ante la pérdida –impuesta por el extranjero- de unos valores que constituían el mejor tesoro de la cultura japonesa ancestral. La exigencia norteamericana testimonió la exageración del bien conocido proverbio inglés: “Arrojad por la ventana el agua sucia del baño junto con el mismo bebé.”

El profesor Fujiwara llega a afirmar que los EEUU repitieron la gesta histórica de Roma con la destrucción de su enemigo mortal, Cartago, en el siglo II de nuestra era: “Más de dos mil años después, un tercio del pueblo americano pensó hacer lo mismo con Japón [...]”, asevera Fujiwara. En realidad, la sociedad actual japonesa no tiene claras sus ideas sobre el Shintoísmo, reconociendo y promoviendo los valores positivos del “Camino de los dioses” en el Nuevo Japón.

3. EL SHINTOÍSMO COMO ESPIRITUALIDAD

Este es el aspecto más profundo, sugerente y –me atrevo a decir, incluso- menos conocido y estudiado a fondo en la actualidad. En efecto, el Shintoísmo, como religión e ideología nacionalista, pertenece a un pasado mitológico y militarista, rechazado especialmente por las jóvenes generaciones japonesas. Pero creo sinceramente que el Shintoísmo como vía espiritual es un tema fascinante y de gran enriquecimiento para los ciudadanos del siglo XXI, inmersos como estamos en el torbellino sin alma del consumismo materialista que nos invade y de la tecnología perjudicial para los ecosistemas de la naturaleza. Un progreso descontrolado e insostenible que está rompiendo el equilibrio fundamental de la existencia humana, enraizado con la armonía de cielo-hombre-tierra. Por eso, hoy, de manera especial, la espiritualidad shintoísta

puede ofrecer una contribución valiosa al ciudadano, no sólo de Japón, que desea de veras una mejor calidad de vida en nuestro siglo XXI.

A continuación, presentaré en breve esbozo los tres elementos esenciales que considero constituyen el contenido de la espiritualidad del Shintoísmo.

1º Experiencia personal emotiva ante la belleza sacra de la naturaleza.

Es una experiencia impactante, que brota de lo que me atrevería a llamar el “arquetipo ancestral” de las raíces más autóctonas de la cultura japonesa. La palabra japonesa que mejor expresa esta conmoción es *aware*, en su primera acepción original. Una profunda admiración de un *joh! jah!* ante la belleza del paisaje del País del Sol Naciente. Es un profundo sentimiento, entrañable e inefable de su encuentro con el *fascinosum et tremens* de la naturaleza.

Al corazón japonés de todos los tiempos le impacta la sacralidad que percibe en la belleza y energía vital del paisaje natural del archipiélago. Hoy, su razón le repite que no existen divinidades (*kami*) a su alrededor, pero su corazón le confirma que el entorno privilegiado de sus islas le descubren y le hacen percibir “algo sagrado”, indefinible, que trasciende la fragilidad y la pequeñez de su propio “yo” humano.

Nadie mejor que el gran maestro de la sensibilidad estética japonesa, el Premio Nobel de Literatura de 1968, Kawabata Yasunari (1899-1972), expresó tal sentimiento en los siguientes párrafos:

“La riqueza de matices de la Naturaleza de Japón, con la delicadeza de sus tonalidades infinitas, es probablemente única en el mundo. Hay montañas con escenarios maravillosos, ríos y mares fascinantes, con una exquisita y extraordinaria variedad de estaciones. La sensibilidad de los japoneses ha estado siempre condicionada por este clima evocador del ambiente natural. El paisaje sin límites que rodea sus santuarios es, en sí mismo, un recinto sagrado. Se podría afirmar que el propio paisaje es el santuario. En el antiguo Japón así era. Las altas montañas, los espesos bosques, las cascadas, las rocas, los acantilados... hasta los viejos árboles se veneraban como divinidades. Esta percepción perdura hoy en las tradicionales populares [...]”⁶

Japón, hoy al igual que ayer y lo mismo que mañana, no es el país de los dioses, pero sí nos ofrece el camino para encontrar el fundamento y la raíz de toda existencia, y el más allá en el centro de nuestra vida. Esta profunda admiración hacia la belleza sagrada de la vida es conmovedora, no sólo ante los espectáculos fascinantes de la “gran naturaleza” (mar, montaña, bosques, rocas...), sino también arrebatada el corazón japonés la simple contemplación de la delicada policromía de la “pequeña naturaleza” (flores,

⁶ *Japan: Monuments of Civilization*, 1973.

insectos, pájaros...). Y en tal contemplación del gran misterio de la vida, el japonés se siente sumergido, diluido, fundido, abrazado e identificado con la naturaleza. Nunca se sentirá distinto, separado u opuesto a ella. Y al sentirse fusionado con la naturaleza experimenta una plena confianza filial en ella, se arrebujá y se arroja en su maternal regazo.

La naturaleza es para el japonés su auténtica madre, con toda su hermosura, vitalidad y potencia. Ella lo amamanta, mantiene y conserva. Ella también recibirá sus restos mortales. Y como consecuencia de tal identificación con la naturaleza, el japonés experimenta una honda paz y tranquilidad de espíritu. Todo el estrés acumulado de nuestra agitada vida, la soledad existencial, las tensiones aceleradas, las angustias y preocupaciones de la incertidumbre que rodea nuestra efímera existencia, los desengaños e irritaciones originados casi continuamente en nuestras relaciones humanas, todo el cielo tormentoso y turbulento que parece asfixiarnos a veces o engullirnos como por la fuerza imparable de un tifón o tsunami... todo de repente escampa, se aclara, se serena y se calma. El atormentado corazón recupera su tranquilidad profunda. Sus energías casi exhaustas y dispersas vuelven a su centro y se reintegran concentradas. Una reconfortante seguridad inunda de nuevo el espíritu de alegría, fuerza y esperanza. Queremos vivir, y vivir con toda plenitud día a día.

Esta profunda experiencia de íntimo encuentro, plenitud, honda paz y percepción de “algo sacro” completamente distinto a todo y superior a la efímera existencia de los seres individuos de la naturaleza, por más imposible que sea explicarlo con palabras y razonamientos, fue el impactante y naif sentimiento que embargó al egregio poeta Saigyō (1118-1190), admirado como uno de los representantes más genuinos del alma japonesa. Este magistral peregrino, al llegar al ancestral santuario, casi perdido en la espesura de un sobrecogedor bosque santo, bañado con una corriente de cristalinas y límpidas aguas, nos dejó el siguiente *waka*, testimonio supremo de la auténtica espiritualidad japonesa de todos los tiempos:

<i>Nanigo no</i>	“¿Qué divinidad se venera aquí?
<i>owashimasu kawa</i>	No lo sé.
<i>shiranedomo</i>	sólo mi corazón
<i>katajikenasa</i>	desborda en lágrimas
<i>namida kobururu.</i>	de profundo agradecimiento.”

Este es, en verdad, el auténtico sentimiento que inunda el corazón japonés ante la belleza, vida y fuerza sacra que habita en su querido país. Una honda gratitud es lo que le embarga ante el misterio que envuelve nuestra existencia. No sabe de contenidos doctrinales, ni preceptivas forzadas antinaturales. Pero sí experimenta algo muy real y profundo, que fundamenta las raíces de todo ser y vida. Y en ello deposita su confianza y recibe estímulo alegre durante las brumosas y tormentosas vicisitudes de su caminar

por este mundo. Su vida está en comunión con esa fuente inagotable de energía de todo lo existente.

2º Renovación periódica de encuentros con la naturaleza.

En la religión organizada, por ejemplo la Iglesia Católica, la asistencia y participación en ceremonias litúrgicas periódicas es de la mayor importancia, como renovación de la experiencia o evento original que se actúa en distintos tiempos de la vida del creyente. Pues bien, la espiritualidad japonesa no contiene tal ceremonial de culto público; pero sí incluye una renovación periódica con encuentros personales con la naturaleza que me atrevería a asemejarlos a cierta liturgia de carácter ambiental individual. En efecto, muchos japoneses buscan encuentros de comunión íntima con la naturaleza con la frecuencia y modalidad que su apretada jornada laboral les permite.

El susurro del viento a través de los árboles y sus rutilantes hojas, el murmullo de los pájaros, el arrullo de una corriente de agua, las nubes flotantes y caprichosas. La simple contemplación del hechizo de la bella luna en verano (*tsukimi*) y de los trémulos copos de nieve en invierno (*yukimi*), la rítmica danza de las olas al pie de riscos poblados de retorcidos pinos... De esta manera, alejado del mundanal ruido, el japonés busca el encuentro y comunión con el silencio clamoroso y sedante de la naturaleza. Solo o acompañado de su pareja va a sus lugares favoritos de entorno bello y tranquilo y deja que su cansado corazón se sumerja en el ambiente natural.

Los lugares preferidos pueden ser hermosos santuarios shintoístas y templos budistas, los abundantes parques públicos tan bien cuidados, cercanos montes o playas, etc. En limitadas ocasiones durante el año se animará a visitar algunos de los Parques Nacionales, distribuidos por toda la geografía del país, disfrutando del placer de sus aguas termales (*onsen*). También excursiones estacionales para contemplar el *hanami* (floración de los cerezos) en primavera, el *momiji*, con la policromía exquisita de las hojas otoñales del arce. Así, inmerso en estos entornos privilegiados del archipiélago del Sol Naciente, sus pulmones aspiran el aire límpido con sabor a mar o a montaña, sus ojos se cierran y deja que sus otros sentidos se dejen penetrar por la fragancia del campo, del susurro del viento, del zumbido de los insectos, del trino de los pájaros, del ritmo retornante de las olas, del roce en sus mejillas de la brisa marina o del vientecillo vivificante de la montaña. De tanto en tanto, abre sus ojos como arrobado y transportado a un mundo de ensueño, cuyo encanto penetra todas las células de su cuerpo y le proporciona la auténtica y simple experiencia de honda satisfacción con plenitud de corazón. Esta sí es la vida. Natural, sencilla, que su limpio corazón agradece y atesora. Es hora de volver al quehacer cotidiano. Pero, “las pilas están bien cargadas”. Nos sentimos renovados y llenos de alegría, energía y profunda paz, animados a seguir caminando en la armoniosa identidad del cielo-hombre-tierra.

Al llegar a casa o al hotel del estilo japonés (*ryōkan*) saborearemos el íntimo placer de un largo baño caliente que limpiará nuestra piel de toda suciedad acumulada a lo largo del camino, y nos hará sentir de verdad la felicidad humana que inunda “un corazón limpio, luminoso, honrado y sincero” (valores ancestrales que la corte de Yamato promovía en sus decretos imperiales (*semmyō*) antes del año 800 d.C.), *Kiyoki, akaki, naoki, makoto no kokoro*.

3º Comportamiento ético cotidiano.

Este es el tercer elemento constitutivo de lo que me parece ser la espiritualidad japonesa autóctona. Pocos países presentarán una conducta de alta moralidad como la sociedad japonesa de todos los tiempos. Y son valores éticos enraizados en las tradiciones ancestrales del primitivo Shintoísmo.

Si en epígrafes anteriores hemos identificado, según la sensibilidad japonesa, el *pulchrum* con el *sacrum*, así también ahora hay que destacar que desde los tiempos más remotos los ancestros japoneses estimaron el *bonum* como *pulchrum*. En efecto, las crónicas *Kojiki* y *Nihon Shoki* ya mencionadas describen el comportamiento de “bueno” como “bello”, y el “malo” como “feo”. Para las buenas acciones se usan indistintamente los vocablos *zen, yoshi, uruwashiku, kiyoki, akaki...* y para las malas *aku, ashi, minikui, kitanai, kuraki...*

La creencia atávica shintoísta por excelencia fundamenta que el hombre desea y busca por naturaleza el bien y evita el mal, con un comportamiento “bello” o “feo” respectivamente. Y su código era muy sencillo, podría resumirse en el principio “la conducta que trae beneficios al grupo al que uno pertenece es buena=bella, y la que causa daño es mala=fea. Y lo que siempre importa es formar un “corazón limpio, luminoso, honrado y sincero.” No hay preceptiva casuística antinatural.

Se debe destacar, asimismo, que el comportamiento ético japonés brota de una “responsabilidad social” y no de una “conciencia individual de pecado”. El japonés, en su conducta cotidiana, desarrolla una actitud fundamental de dedicación y lealtad al grupo al que pertenece. Esto es tener un corazón “limpio” y “sincero”. Toda cobardía, egoísmo y traición es propio del corazón “sucio” y “engañoso”. Tal actitud inspira un estilo de vida natural, sencillo y austero, con apertura a los demás, viviendo el *nakaima*-tan típicamente shintoísta- del día a día, con alegría y dedicación.

Su cuidadosa laboriosidad es proverbial a lo largo de toda su historia. El japonés trabaja de buena gana (el trabajo no es un mal, ni un simple medio necesario de vida), trabaja bien (no es chapucero), trabaja bien con programa (no improvisa), trabaja bien en equipo (no es individualista), y trabaja bien procurando siempre mejorar lo que hace. Mis cincuenta años de convivencia con japoneses, tanto en la vida universitaria como empresarial, me confirma la absoluta veracidad de este comportamiento sorprendente.

Para terminar este apartado me parece apropiado citar una famosa poesía del muy apreciado Miyazawa Kenji (1896-1933), que todos los japoneses saben de memoria desde sus primeros años escolares:

“Sin dejarme vencer por la lluvia,
ni por el viento,
ni por la nieve, ni por el calor estival.
Mantener un cuerpo sano,
sin codicia,
sin arrogancia,
sonreír siempre con bondad.
Comer cuatro cuencos de simple arroz,
con sopa de “miso” y unas pocas verduras.
No preocuparse demasiado por ningún asunto.
Escuchar y observar pausadamente,
comprender y no olvidar.
Vivir en una casita de campo,
bajo el cobijo de un pino.
Y si hay un niño enfermo en el Este
correr a socorrerle.
Si cae una madre enferma en el Oeste
ir allá y llevarle arroz.
Si alguien está en el umbral de la muerte
ir también y decirle que no hay nada que temer.
Si ocurre alguna riña o disputa en el Norte
detenerla y decirles que disputar no lleva a nada.
Derramar lágrimas ante una prolongada sequía
y caminar como semiperdido.
Ser llamado estúpido por todos,
no recibir alabanzas
ni sufrir por ello.
Una tal actitud de corazón
es la que yo desearía llegar a tener.”

Este es el “corazón de Yamato” que inspira la conducta de Japón como arquetipo ancestral de sus valores más auténticos, que son un testimonio secular de una visión de la vida naif, sencilla, natural y generosa⁷.

4. CONCLUSIONES

⁷ Para un tratamiento más extenso de esta tercera parte, véase mi obra *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.

En resumen final podría avanzar la siguiente conclusión: al corazón japonés le resulta hoy muy embrollado aceptar todo el “aparato” de una religión organizada porque:

- a) Sus dogmas y enseñanzas le parecen del todo elucubraciones especulativas, contrarias a la buena razón y sentido común.
- b) Las historias de sus libros sagrados se confunden a menudo con la mitología de tiempos protohistóricos.
- c) Los ritos litúrgicos son ceremonias extrañas a sus tradiciones y expresan formalidades completamente ajenas a su vida cotidiana.
- d) Las exigencias de su casuística preceptiva le parecen del todo intolerables, antinaturales y suponen una flagrante invasión de la responsabilidad de su conciencia personal.
- e) Todo el sistema estructural burocrático de una jerarquía absolutista y obsoleta resulta inaceptable al libre ciudadano de la sociedad contemporánea.

Así, aceptar todo este aparato de una religión organizada representa imponerse una carga asfixiante, que le complica extraordinariamente su ya agobiante vida cotidiana. Y en lugar de sentir una “liberación” profunda le supone un agobio razonablemente inaceptable, al suponer una despersonalización radical de su existencia. Por otra parte, y con la misma firmeza, el ciudadano japonés experimenta hoy un vivo rechazo al materialismo consumista que le rodea. Siente una profunda insatisfacción y vaciedad de corazón, arrastrado por el torbellino de la abundancia de cosas que le ofrece el constante bombardeo de una publicidad engañosa netamente materialista, y siente una profunda aversión al egoísmo rabioso del individualismo competitivo que le acosa por todas partes. No. Este tampoco es el estilo y calidad de vida que más desea para él y todos los suyos.

En consecuencia, el japonés, hoy más que nunca, busca y desea la plenitud de corazón, siendo más aunque teniendo menos. Y añora el camino ancestral de sus raíces del País del Sol Naciente, de la sencillez, naturalidad, austeridad y limpieza de corazón. Y, sobre todo, busca vivir en comunión íntima con la naturaleza, fuente de toda vida y energía, en solidaridad con sus semejantes colaborando alegremente en la construcción de un mundo mejor en armonía del cielo-hombre-tierra. Este es el camino de la espiritualidad japonesa.

El Shintō camino de los dioses, es el Shintō camino del corazón. Y, así, el *kannagara no michi* no es otro que el *kokoro no yutakasa*, el camino de la plenitud de corazón que todos deseamos con profunda paz de espíritu y una inmensa alegría de vivir.

BIBLIOGRAFÍA⁸

- ANESAKI, Masaharu (1996), *Mitología japonesa*, Barcelona, Olimpo.
- BASABE, Fernando, SHIN, Anzai y Lanzaco, Federico (1967), *Religious Attitudes of Japanese Men: A Sociological Survey*, Tokyo, Sophia University/Charles E. Tuttle Company.
- ECHEVERRÍA, Esteban (1967), *Mitología de las estepas, de los bosques y de las islas*, Barcelona, Planeta.
- FALERO, Alfonso (2007), *Aproximación al Sintoísmo*, Salamanca, Amarú.
- GARDINI, Walter (1989), *Japón entre mitos y robots: el Shinto*, Buenos Aires, Hastinapura.
- HAYA, Vicente (2002), *El corazón del haiku: expresión de los sagrado*, Madrid, Alquitara.
- HOLTOM, Daniel (2004), *Un estudio sobre el sintoísmo moderno*. Barcelona, Paidós.
- LANZACO, Federico (2000), *Introducción a la cultura japonesa: pensamiento y religión*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- LANZACO, Federico (2003), *Los valores estéticos de la cultura clásica japonesa*, Madrid, Verbum.
- LANZACO, Federico (2008), *Religión y espiritualidad en la sociedad japonesa contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SACHIYA, Hiro y SHICHIHEI, Yamamoto, (1989), “El santuario de Yasukuni y el mundo espiritual japonés”, *Cuadernos de Japón*, vol. I, nº 2, pp. 68-76.
- TANAKA, Tsunekiyo (2007), “El sintoísmo y los japoneses”, *Cuadernos de Japón*, vol. XX, nº 2.

⁸ Revisada y actualizada para su publicación en el presente volumen.